

FIN DE MUNDO Y HEGEMONÍA

Sesión 9. La razón negra

Seminario PPELA 2017-2: Geopolítica de las dominaciones y las emancipaciones: el capitalismo del siglo XXI.

Temas:

Caracterización del capitalismo contemporáneo.

Inversión histórica de la trayectoria del capitalismo (de Europa a África).

Una noche un actor me pidió que escribiera una obra que fuera actuada por negros. Pero ¿qué es un negro? Y para empezar, ¿de qué color es?

Jean Genet, *Los negros*

El mundo existe... Y como sus excrementos son su alimento, vive de sí mismo.

Friedrich Nietzsche, *La voluntad de poder*

1. Radicalizaciones

En su trayectoria histórica, el capitalismo construyó un orden de exclusiones positivas, que servían como punto de partida para la construcción de un orden de “libertad” en el que los objetos y las personas convertidas en cosas quedaban exvenculadas de sus viejas ataduras. Se liberó la fe de la humanidad, para dejar de creer en la metafísica divina, para empezar a creer en la metafísica del capital y sus manifestaciones dinerarias. Pero, el paraíso del capital no es para todos, una creciente masa de expulsados son la muestra clara de ello. No hay construcción de hegemonía que no se soporte sobre la base de la exclusión, en varios niveles: aquellos que no son parte del orden de poder, aquellos que merecen ser eliminados por representar una amenaza, aquellos que se abandona a la sobrevivencia de en pequeñas soberanías de crueldad.

Como en tiempos de crisis radicales, las religiones monoteístas, entre ellas el capitalismo, radicalizan sus condiciones de existencia, tanto materiales como ideológicas. Así, en el siglo XXI se redobla la explotación, la expropiación y la exclusión, para garantizar la acumulación acelerada que se concentra en pocas manos; pero junto con estas dinámicas, se exacerbaban las viejas estructuras mitográficas que sirven de estructura simbólica a la narrativa histórica capitalista, que explican, legitiman y demandan su modo de vida. Como parte central de estas mitografías está aquella que se recicla y reformula para construir humanidades de segunda y reorganizar así el poder de clase.

En el siglo XXI la hegemonía está en crisis, por esos sus efectos son más letales, ante la muerte de una forma de control y construcción de visión de mundo, los últimos respiros son mortales, arrasan todo lo que tienen enfrente de sí, incluida las mismas posibilidades de su reproducción. De ahí que se reavivan viejos efectos, que se creían superados o, por lo menos, acotados. La producción de una otredad radical, que se expresa en la forma ambigua, polivalente y cambiante del negro, vuelve a la escena, pero ahora no como un margen sino como un centro.

La velocidad del mundo del capital dirige sus fuerzas hacia el interior mismo de sus geografías, el negro ya no está afuera, se convierte en el horizonte de existencia de la humanidad en su conjunto. Los miles de expulsados, de parias, de poblaciones excedentes dan cuenta de este proceso. Los millones de jóvenes sin futuro, los millones de hambrientos, los millones de muertos vivientes son la superficie más sangrante de la herida. Pero debajo de ellos están también aquellos sectores que parecen blindados, ajenos a la devastación, los miles de habitantes de las ciudades, que sueñan que el mundo como lo conocemos nunca terminará. Estas personas, a pesar de no sufrir en la piel los efectos de la exclusión, viven en sus sueños, deseos e ideas, los efectos de la abyección del capitalismo, sus vidas se han convertido en imágenes vacías, proyecciones espectrales de mundos que nunca podrán habitar, de satisfactores que nunca serán suficientes para poder realizar una vida sin escisión: al mismo tiempo objetos y sujetos.

Las viejas formas de la plantación perviven y se expanden; pero junto con ellas existen nuevas formas de cercar las existencias y convertir a los humanos en cuerpos-mercancías, cuerpos-dinero, en monedas vivientes (pero en el sentido inverso a lo propuesto por Klossowski). Junto a los centros de explotación y encierro, conviven los espacios amigables, las oficinas verdes; en ambos escenarios la vida se reduce a fuerza de trabajo. Las diferencias son enormes, pero ambos espacios articulan las nuevas espacialidades de la lógica de la plantación.

Cuando la fe está en crisis se exigen mayores sacrificios. Hoy que la fe en el capital tiene sus peores cotizaciones, los sacrificios se exigen y se liberan, ya no son los sacerdotes y sus esbirros los encargados de ejecutarlos; la capacidad sacrificial se seculariza, tomar la vida de otras existencias (humanas y no-humanas) es una obligación que la humanidad en su conjunto debe realizar para mantener el reino del capital en la tierra. No matarás, se sustituye por una versión positiva: matarás para conservar la única religión verdadera: la del capital.

Para asegurar la masacre, es necesario radicalizar la división del mundo entre un ellos y un nosotros, entre los exterminables y los que merecen vivir, porque han demostrado su fidelidad al orden de cosas existentes. En esta operación se radicaliza la construcción imaginaria de una facción social susceptible de ser sacrificada, es decir, de la negritud del mundo, de esa parte oscura, negativa, que no permite el avance del capital para los elegidos que merecen vivirlo. Y hoy los negros encarnan en un abanico múltiple de

existencias: los migrantes, los musulmanes, los indígenas, las mujeres, los jóvenes, los afrodescendientes, los diversos sexuales, etc. El devenir negro del mundo del que habla Mbembe, es aquel en el que la condición de ser sujeto para la muerte, el negro esclavo, el negro explotado, el negro mercancía, se generaliza más allá de un color de piel, más allá de una geografía imaginaria, para instalarse a lo largo y ancho del planeta.

2. La servidumbre voluntaria

El crimen ontológico del capital, aquel que convierte a las existencias desdobladas: sujetos y objetos a la vez (con la perversidad de ser objetos de uno mismo: yo tengo un cuerpo, como tengo una prenda de ropa, yo soy una mercancía-fuerza de trabajo, al igual que una silla es una mercancía). En los humanos la expresión radical de esta escisión de la existencia lo representa la figura del negro, que más que una descripción de una realidad evidente, funciona como una gramática que organiza las significaciones de la identidad y que genera efectos sobre los cuerpos. Los negros sirven como principio oculto de un juicio a la identidad, aquella que se define por pura negatividad, la de no ser negro. Lo paradójico es que también se construye como una declaración de identidad, de las mayorías expulsadas que buscan identificarse con un proyecto que las produce como pura negatividad, a la que aspiran pertenecer, aun sabiendo que esto es imposible y que toda forma de pertenencia es una forma falsificada.

La negritud es el reverso inventado de una blanquitud también inventada. El desprecio como marca de la existencia, despreciar a los abyectos del mundo idealizado del capital, (auto)despreciarse por vivir expulsado. No es casual, entonces la gratuidad de la muerte, la letalidad de las convivencias colectivas y la precarización de la vida, hasta convertirla en una mera función fisiológica, realizando plenamente el reino de la biopolítica y bioeconomía.

El reino de la biopolítica es el reino de la existencia sin historia, de las vidas al margen de toda concreción territorial, desvinculadas de toda relación con el entorno, la memoria y las experiencias colectivas. Tal como lo fueron los esclavos en las plantaciones, desprovistos de toda pertenencia temporal, existencias arbitrarias, dependientes del mandato del amo y el capataz. El devenir negro del mundo anuncia un mundo sin historicidad y sin lenguaje que dé cuenta de la existencia en el tiempo. El puro instante, que define el tiempo en el siglo XXI, es propio de una vida sin historia, de una vida que depende de las mercancías, que ha perdido toda subjetividad.

El negro sirve como bisagra que articula las expulsiones y las pertenencias. El negro es el efecto de la vida en el capital, aquella vida que se reproduce en un contexto en el que la vida misma es reiteradamente negada. Vivir donde no es posible vivir. Esto produce efectos contrapuestos, por un lado, organiza la reproducción de la existencia bajo la lógica del odio; odiar al negro y todos los cuerpos en los que encarna, odiarse como negro, odiar

al que nos odia. En el siglo XXI el odio es lo que hace nacer las vidas. Caminar, existir en el margen del mundo, ser la sombra y el revés de un mundo luminoso que no existe, es la condición de la vida en la crisis civilizatoria. Por otro lado, en la lógica del odio y la crueldad no sólo operan los deseos y las ideas, hay un conjunto instrumental muy amplio, que va desde las tecnologías de la guerra y el control total, hasta los pequeños utensilios, casi artesanales, con los que se busca marcar a los odiados. El odio se convierte en una técnica social, con su lógica instrumental.

El éxito de los últimos suspiros de la hegemonía estadounidense no está en la reproducción de sus condiciones de posibilidad, sino en la marca indeleble que va a dejar sobre las existencias, esa herida abierta en los mundos de la vida y la imposibilidad de reconstruirlos cabalmente. La hegemonía triunfa hoy, no porque vaya a perdurar, sino porque hará imposible la historicidad por mucho tiempo. Así como el éxito del amo de la finca, del dueño de la plantación, no era la eficiencia productiva de sus trabajadores, sino la destrucción de sus posibilidades de reproducción como sujetos. El control sobre el esclavo negro o indígena no se medía en su eficiencia productiva, sino en su subordinación y la incapacidad de responder con rebeldía a la situación de opresión.

Ahí está el éxito y la marca de la hegemonía estadounidense: una parálisis generalizada, en la que las respuestas radicales no son sino variaciones sobre un mismo tema, formas de matizar, modular, corregir lo incorregible del capital. Porque en el fondo, es un sistema que aunque nos mata, nos satisface.

La condición negra de la existencia produce las condiciones sociales para la reproducción de los últimos esfuerzos de una hegemonía capitalista de corte estadounidense. El fin del *american way of life* lleva la marca del suicidio generalizado, en el que la destrucción se contempla con goce, en el que el fin de los tiempos históricos se vive como si fuera un espectáculo de televisión, en el que ya se sabe el final y del que parece podemos salvarnos mientras neguemos que somos parte de él, mientras neguemos nuestro devenir negro.